

LA ANTROPOLOGIA SOCIAL EN LA ARGENTINA

SUSANA PETRUZZI

Hablar de antropología social —o cultural según quiera llamársela (1)— es referirse, en nuestro país, a una situación básicamente deficitaria: déficit de especialistas, de investigaciones y de publicaciones.

No es este el momento y tampoco nuestra intención, historiar el desarrollo de la antropología en la Argentina, para explicar la situación actual; pero bastará indicar que sólo a partir del año 1958, con la creación de las carreras de Antropología como especialidades autónomas, cobra un verdadero énfasis esta rama particular de las ciencias del hombre.

Señalar este tardío interés por uno de los enfoques de la ciencia antropológica, no significa pasar por alto la meritoria labor que arqueólogos, etnólogos, etnógrafos y folkloristas han desarrollado desde muchos años antes de la fecha indicada anteriormente. No es nuestra pretensión suponer que no ha habido estudios antropológicos en nuestro país, porque ellos no hayan incluido enfoques antropológicos sociales, sino que sólo nos referiremos a ellos movidos por nuestro interés de especialistas.

(3) Cf. E. E. EVANS - PRITCHARD, *Antropología Social*, Buenos Aires das de temperamento y de preocupaciones de los profesores encargados de la enseñanza y de la dirección de los trabajos, encontrarán, en los calificativos social y cultural, el medio de expresar sus matices particulares. CLAUDE LÉVY-STRAUSS, *Anthropologie structurale*, Paris, Plon, 1958 pág. 393.

Aclarado esto, convendrá sin duda explicitar lo que entendemos por antropología social, para mejor comprensión del presente artículo .

La antropología social, y de ninguna manera nos arrogamos la paternidad del contenido de la definición (2), se interesa fundamentalmente por la totalidad de los fenómenos socio-culturales resultantes de la interacción humana, que se da como producto de la vida en grupos o comunidades, ya aislados o en relación con un contorno más amplio. Su campo de acción está constituido por las agrupaciones humanas; su problemática, conocer y explicar esos modos especiales de vida, de comportamiento, expectativas, actitudes y motivaciones —en una palabra las culturas— tratando de abstraer de esa variedad algunas direcciones generalizantes.

Con lo dicho, quizás se haya aclarado más el sentido de la *situación deficitaria* a que aludíamos más arriba. En efecto, en nuestro país, no se ha publicado hasta el presente ningún estudio de comunidad desde esta perspectiva (3), y en cuanto a la única publicación catalogada como *antropológica social*, "*Tradicionalismo y cambio social*" (4), bien puede ser cuestionada como tal, en el sentido de que su interés y parte de su metodología combina la antropología social con la sociología, y escapa por lo tanto a los cánones clásicos de los trabajos antropológicos de ingleses y americanos.

(2) Cf. E. E. EVANS - PRITCHARD, *Antropología Social*, Buenos Aires Nueva Visión, 1957; RALPH PIDINGTON, *An introduction to Social Anthropology*, vol. 1, Londres, Oliver and Boyd, 1960; CLAUDE LÉVY-STRAUSS, op. cit.

(3) Tal vez podría citarse el trabajo del profesor José Luis Imaz, *Estratificación social del sector primario en Uchaca*, presentado en las Jornadas Argentinas y Latinoamericanas de Sociología, Buenos Aires, 1961, dado que el citado autor ha realizado la investigación de esta comunidad cordobesa a nivel antropológico, aunque limita su estudio al problema de estratificación social.

(4) ALBERT MEISTER, SUSANA PETRUZZI, ELIDA SONZOGNI, *Tradicionalismo y cambio social*, Publicación 1, Serie Estudio de Área en el Valle de San'a María, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1963.

Debemos suponer, por lo tanto, que estamos al comienzo del camino; y el riesgo y las desventajas involucradas en esta situación, tienen su contrapartida en la posibilidad de plantear de entrada y con la mayor claridad de qué seamos capaces qué debemos estudiar y cómo hacerlo.

En momentos en que la antropología encara —en palabras de Lévy Strauss⁽⁵⁾— problemas tales como el cambio de horizontes y enfrentamiento de posibles compromisos, derivados de la necesidad de abordar nuevos campos, en nuestro país vivimos un clima de inicios que se hace más visible con el egreso de las primeras promociones de antropólogos.

Creemos necesario, entonces, insistir en la obligación de estructurar en una totalidad organizada, el planteamiento de los problemas de la realidad argentina. La apertura hacia el conocimiento de los problemas concretos de la comunidad en que vivimos implica la asunción de un sentido de responsabilidad que debe impregnar tanto al científico, como también al hombre cotidiano conectado a las exigencias de su vida y de su tiempo.

Y al hablar de realidad argentina, no pretendemos reducir nuestros planteos a la espera de lo nacional, sino sólo acentuar la necesidad de una real apertura hacia esos problemas que el medio plantea con un vigor tal que por sí mismos nos presionan a conocerlos. Y decimos conocer, porque es imposible hablar de análisis o comprensión de lo que ignoramos o tan mal conocemos.

(5) La antropología deberá transformarse en su naturaleza misma, y confesar que hay, de hecho, una cierta imposibilidad, de orden tanto lógico como moral, de mantener como objetos científicos (cuya identidad el científico podría igual desear que fuera resguardada) a sociedades que se afirman como sujetos colectivos y que, como tales reivindican el derecho de transformarse. Esta conversión de su objeto de estudio implica también para la antropología, una conversión de finalidades y métodos. CLAUDE LÉVY-STRAUSS, *A crise moderna de Antropologia*, en Revista de Antropología, Facultad de Filosofía, Ciencias e Letras, Un'iversidade de Sao Pau'o, volume 10, Nº 1 y 2, junio e dezembro de 1962.

Con esto estamos proponiendo un punto de partida a la tarea fundamental que los antropólogos sociales debemos realizar aquí y ahora. Efectuar estudios de comunidades ⁽⁶⁾ representativas de áreas de problemas, que no será necesario extraer de la teoría general de la cultura, puesto que surgen solos por la fuerza de su evidencia, y que ya se insinúan por lo demás claramente, en trabajos realizados con un enfoque no específico.

En nuestro país, tan carente de estudios de comunidades, abundan, sin embargo, valiosos trabajos parciales sobre realidad socio-cultural, efectuados sin una verdadera intención explícita, por parte de sus autores, de llevar a cabo investigaciones antropológicas sociales; sino que en la mayoría de los casos se circunscriben a los campos de estudios etnográficos o folklóricos.

El material recogido en esos trabajos es tan copioso que desborda las posibilidades de una mención sumaria, pero basta nombrar como ejemplos, los trabajos de los institutos de las Universidades de Buenos Aires, Tucumán y La Plata; pero siempre con el enfoque antes señalado, y que en muchos casos sólo registra el hecho único y curioso por su perduración. En este sentido el trabajo de la licenciada Josefa Santander ⁽⁷⁾, al ofrecer una minuciosa y detallada descripción de un sacrificio propiciatorio a la Pacha Mama en una mina jujeña, marca un fecundo campo para estudiosos antropológicos sociales. Lo que aquí está tan bien señalado como persistencia

⁽⁶⁾ ...Sin embargo para la mayoría de los pueblos de la tierra, la comunidad ha sido tanto la unidad primaria de participación social como el grupo que ostenta una cultura peculiar. Los miembros de una comunidad, unidos por relaciones recíprocas y ligados por una cultura común, forman un endogrupo caracterizado por paz interna, ley, orden y esfuerzo cooperativo, GEORGE MUDOCK, *Social structure*, New York, The Macmillan Company, 1959.

⁽⁷⁾ JOSEFA LUISA SANTANDER, *Sacrificio y ofrendas en el culto a la Pacha Mama*, separata de la Revista Folklore Americano, año X. Nº 10, Órgano del Comité Interamericano de Folklore, Lima, Perú, 1962.

folklórica excede en insinuaciones hacia otros campos más amplios.

Es lícito plantearse en el caso de nuestro ejemplo, diversos interrogantes que apuntan a distintas áreas de problemas. ¿Qué papel juega ese sacrificio como elemento de cohesión del grupo? ¿Cómo se integra en el marco cultural del mismo? ¿Por qué y cómo ha persistido hasta el presente? ¿Qué alcance tiene como catalizador de fuerzas conservadoras de la cultura? Y, ¿hasta qué punto ese conservadurismo implica resistencia frente a la *otra cultura*? Finalmente, preguntarnos si realmente juega un papel de sostén de formas culturales tambaleantes que han sobrevivido a la presión —no siempre blanda— de siglos y siglos de imposición de patrones que les eran extraños; o si sólo se trata de una persistencia reducida a circunstancias muy precisas e individuales. Toda esta potencial riqueza de contenido —repetimos— sólo ha sido destacada en parte y nunca debidamente estudiada ^(*).

A las dificultades de referirse a una disciplina incipiente se suma la tendencia muy generalizada en nuestro país, a trabajar en forma desconectada e individual. Hasta tal punto es cierta esta situación que, frente a la carencia de publicaciones, es casi imposible conocer lo que realizan o proyectan las diferentes instituciones y equipos de investigadores del país. Los contactos personales salvan en parte estas deficiencias, pero no suplen de ninguna manera la ausencia del elemental hábito de intercambiar ideas, confrontar resultados, proyectar en función de intereses comunes, en una palabra, de mantener una comunicación a nivel científico.

(*) Son también valiosos en insinuaciones y datos para futuros estudios antropológicos sociales, diversos trabajos publicados en: *Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas*, Ministerio de Educación y Justicia, Dirección General de Cultura, Buenos Aires; *Revista del Instituto de Antropología*, Instituto de Etnología, Universidad Nacional de Tucumán; y la colaboración del profesor ENRIQUE PALAVECINO: *Algunas informaciones de introducción a un estilo sobre los chané*, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), tomo IV, Sección Antropología, La Plata, 1949.

En este sentido la Primera Convención Nacional de Antropología, realizada en la ciudad de Carlos Paz la última semana de mayo de 1964, fue provechosa y fructífera al permitir el contacto de especialistas. Como resultado de las conversaciones allí mantenidas, pudimos ampliar nuestras informaciones acerca de las investigaciones y actividades antropológicas sociales que se realizan actualmente en la Argentina y que reseñamos a continuación, con la salvedad de que cualquier omisión se debe exclusivamente a la circunstancia anteriormente señalada.

En Córdoba, el Instituto de Antropología de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional, realiza bajo la dirección del profesor José Cruz un relevamiento de un barrio de emergencia de esa capital, Maldonado, que ofrece posibilidades de estudiar los procesos de adaptaciones de inmigrantes provenientes de provincias del interior del país. Ese estudio se efectúa en estrecha colaboración con un equipo de sociólogos dirigidos por el profesor Adolfo Crito.

En Buenos Aires, un grupo de egresados y alumnos de la Carrera de Antropología de la Universidad de Buenos Aires ha iniciado, hace ya varios meses, el estudio de la comunidad araucana de Ruca Choroí, provincia de Neuquén, enfatizando la investigación sobre familia, economía, política y liderazgo. Este trabajo se complementa con una proyección de la zona, relevando las características más destacadas de cada comunidad y sus filiaciones étnicas. Egresados del mismo instituto realizan estudios en la comunidad toba de Quitilipi, en comunidades tehuelches de Santa Cruz y en grupos mocovíes de la provincia de Santa Fe. Por su parte, el profesor Enrique Palavecino ha dirigido a un equipo de egresados en la investigación que realizaron en el ingenio de Orán, sobre las condiciones económicas y laborales de un grupo indígena allí residente.

También tenemos referencia de que en el próximo número de la Revista *Runa* de la Universidad de Buenos Aires,

actualmente en prensa, se publicará el trabajo del licenciado M. A. González sobre un pueblo brasileño, Itatí, que si bien ha sido realizado a nivel folklórico, contiene abundante material sociológico-cultural aprovechable. Egresados de la misma universidad trabajan desde hace varios años investigando, en comunidades de la zona de Potosí, Bolivia.

En la Universidad del Litoral, las investigaciones se han centrado hasta el momento en torno al Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras. Desde el año 1961 este instituto ha dedicado los esfuerzos al Estudio de Area del Valle de Santa María. En la actualidad se están preparando las monografías parciales previstas en el plan general de la investigación y que se refieren al papel que juegan el folklore, la economía y la educación como caracterizadores de la realidad socio-cultural del Valle de Santa María. La tarea de análisis final de los datos obtenidos, concluida ya la etapa de codificación de los mismos en tarjetas individuales clasificadas por estratos ocupacionales, estará a nuestro cargo.

Al margen de estas actividades, se han programado otras investigaciones, a cargo de egresados y alumnos de la carrera, tales como el estudio integral de una comunidad toba, que ha sido encarado en una primera etapa como trabajo exploratorio, tendiente a integrarse en un posible futuro plan más general sobre los problemas de transculturación que ofrece el nombrado grupo indígena. Como tesis de licenciatura se prepara además, una investigación en una pequeña comunidad mocoví de la provincia de Santa Fe, Colonia Dolores, que también ha sido prevista como experiencia piloto de un estudio más amplio referido al problema de la integración de los grupos mocovíes en la vida nacional.

Como valioso aporte al desarrollo de la antropología en nuestro país, debemos destacar la formación de un equipo en torno al profesor Rubén Reina, de la Universidad de Pensilvania, contratado por el Instituto de Planeamiento Regional

y Urbano de la Universidad Nacional del Litoral. Este equipo integrado por graduados de las Facultades de Filosofía y Letras de Rosario y Buenos Aires y del Instituto de Antropología de la Universidad de Pensilvania, previo entrenamiento teórico a través de un seminario trimestral, iniciará estudios en distintas comunidades de la provincia de Entre Ríos y en la ciudad de San Nicolás. Los lineamientos básicos de los diseños elaborados se refieren a los siguientes temas: problemas de asimilación de inmigrantes extranjeros a la sociedad nacional, procesos de adaptación de inmigrantes, rurales en centros urbanos, influencia de la clase alta en la ciudad de Paraná.

Consideramos de gran importancia la formación de este equipo, pues por primera vez en nuestro país un grupo de egresados se especializará teórica y prácticamente en el estudio de los problemas planteados por la investigación antropológica de comunidades. La dedicación exclusiva, la organización del seminario en un sistema de debates en torno a los temas seleccionados, los comentarios y discusiones surgidos de la presentación de los respectivos diseños, más una permanencia de ocho meses en el campo, permiten augurar excelentes resultados a esta experiencia. Por otra parte, resultará de interés comprobar en nuestro medio la eficacia de métodos y técnicas que han funcionado exitosamente en trabajos de campo realizados en otros países.

Si lo proyectado hasta el momento se concluye positivamente, los futuros egresados conocerán con mayor claridad el camino que inician actualmente los antropólogos sociales en la Argentina, en una verdadera labor de pioneros.

Los lineamientos generales de muchos de los trabajos proyectados, denotan una coincidencia básica en el énfasis acordado a los procesos del cambio cultural. Esta misma coincidencia fue explicitada unánimemente en la convención de Carlos Paz, donde se propuso como tema fundamental para la segunda reunión, a realizarse en la ciudad de Resistencia durante el transcurso del mes de mayo de 1965, el tratamiento

de la problemática y la metodología de la antropología en la Argentina. Como anticipo del tema, los especialistas allí reunidos, acordaron destacar la importancia de dos problemas como ejes de los trabajos a discutirse: los referidos a la transculturación y a los estudios interdisciplinarios.

La transculturación es un proceso de cambio socio-cultural que puede ser tratado en distintos niveles de abstracción y referido a distintas situaciones. Podemos estudiar el cambio para confirmar o modificar proposiciones teóricas: para esclarecer o explicar situaciones; para conocer a fondo ciertas realidades; y ese cambio podemos circunscribirlo a áreas indígenas o extenderlo, tal como lo proponen Beals y Redfield (⁹), a problemas derivados del impacto urbano sobre las subculturas rurales; y también a los problemas de adaptación de inmigrantes extranjeros, tan bien estudiados por Emilio Willems en el Brasil (¹⁰).

En nuestro país, las tres situaciones ofrecen amplio campo y cada una dispone sobrados argumentos para reclamar la atención del antropólogo; pero creemos que es lícito señalar la prioridad de los problemas indígenas, tratando de fundamentar tal prioridad a fin de salvarla en cuanto sea posible de la arbitrariedad subjetiva que implica una elección de este tipo.

El problema indígena, en efecto, puede ser abordado desde varios ángulos y con propósitos diferentes, pero es esencial partir del hecho real de la urgencia de enfrentarlo, antes

(⁹) R. BEALS, *Acculturation*, en *Anthropology Today*, ed. A. L. Kroeber, University of Chicago Press, Chicago, 1959. R. REDFIELD, *Yucatán, una cultura en transición*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

(¹⁰) EMILIO WILLEMS, *Acculturação dos Alemães no Brasil*, San Pablo, 1946. La bibliografía referente al cambio cultural es muy frondosa, pero puede indicarse como de especial interés las siguientes obras: W. HERSKOVITS, *Acculturation, The study of culture contact*, Peter Smith, Gloucester, Mass., 1958; B. MALINOVSKY, *The Dynamics of Culture Change*, Yale University Press, 1958; GEORGES BALANDIER, *Dinámica de las relaciones exteriores de las sociedades arcaicas*, en *Tratado de Sociología*, Cap. III, tomo II, dirigido por G. Gurvitch, Kapeluz, Buenos Aires, 1963. R. Beals, op. cit.

de que deje de existir como tal, dada la rápida absorción física y cultural a que se ven sometidos los grupos indígenas.

Poco conocemos a los distintos agrupamientos que en diferentes grados de transculturación viven en nuestro país, y menos conocemos a los que se extinguieron como portadores de una cultura particular. Los estudios etnográficos realizados hasta la fecha, si bien deficitarios, registraron en parte situaciones que ahora se han perdido como realidades culturales o están en vías de hacerlo. Por esto es promisorio el renovado interés por los estudios etnográficos —al cual no es por cierto ajena la creación de las carreras de Antropología— con las ventajas que se derivan de una manifiesta tendencia a integrarlos como primer momento descriptivo en un proceso de síntesis que culminará en formulaciones antropológicas generalizadoras.

Desde la perspectiva estrictamente científica, los grupos indígenas constituyen un eficaz laboratorio para múltiples trabajos de campo, y esa perspectiva requiere, en primer término, conocer esos grupos como *objetos científicos*. Desde que comenzamos nuestros estudios universitarios oímos hablar de grupos del Chaco, Salta, Neuquén, por citar los ejemplos más relevantes, que viven en condiciones lamentables y que desaparecen inexorablemente *invadidos* física y culturalmente por nuestra Sociedad. Ya ha sucedido esto con otras agrupaciones —los onas por ejemplo— que se han perdido como grupo y como cultura, sobreviviendo unos pocos individuos aislados que sólo dan una residual visión de un pasado roto y definitivamente acabado.

No debemos olvidar, sin embargo, que esos *objetos científicos* antes aludidos son antes que nada sujetos humanos. Bien lo dice Lévy Strauss en el artículo citado anteriormente: los pueblos ágrafos, clásicos y cuasi obligados objetivos de los estudios antropológicos, han cambiado bajo condiciones creadas por la cultura y la sociedad de esos mismos antropólogos, y hoy reclaman el derecho a conocerse por ellos mismos

y a decidir sobre su futuro. Nuestros indígenas no han alcanzado ese grado de reconocimiento de sus posibilidades y decisiones autónomas —a la manera de los pueblos africanos a que hace referencia el citado autor— sino que, por el contrario, aunque conscientes de sostener un andamiaje cultural distinto del blanco, tratan de asimilar de la otra cultura aquello que quizás los destruya como grupos, pero que les permite sobrevivir como individuos.

Esta situación nos lleva a enfrentarnos con el peligro de lo residual mencionado anteriormente al aludir a los onas. No se puede intentar reconstruir para tal vez explicar luego, lo que una vez fue algo vivo y funcional, a través de algo que sólo sobrevive, pero que culturalmente no funciona.

Los grupos indígenas de nuestro país sufren los efectos de un proceso de transculturación, iniciado hace ya varios siglos y ofrecen un panorama doblemente complicado: por una parte, el diferente acontecer histórico, y por otra, las numerosas y distintas situaciones actuales. Como introducción al examen de estas situaciones, consideramos muy necesario y valioso, un relevamiento de todos los grupos indígenas, para poder confeccionar un mapa etnográfico que permita conocer el número, la distribución espacial y las características más relevantes de cada comunidad o grupo temporario. Esta tarea que proponemos desborda las posibilidades del esfuerzo individual y demandará, sin duda, años para lograr su concreción. Aquí no creemos necesario insistir en el aporte fundamental que puedan prestar los etnógrafos. En lo que respecta a los grupos tobas y mocovíes de las provincias de Santa Fe, Chaco y Formosa, el trabajo se halla en etapas bastantes avanzadas, existiendo ya mapas etnográficos en preparación para ser publicados; por otra parte las investigaciones iniciadas en Neuquén aportarán un mejor conocimiento sobre las parcialidades allí residentes. Nuestra propuesta de ninguna manera sugiere una paralización de toda otra labor de investigación hasta tanto el país esté completamente relevado. Es una tarea

esencial y debe hacerse con la mayor premura para facilitar futuros trabajos; pero el contar con un buen mapa —en el supuesto caso de que éste resultara enteramente satisfactorio para todos los especialistas— sólo significa iniciar la tarea que le espera al antropólogo interesado en los problemas indigenistas.

Y una vez conocido, ¿qué hacer frente a ese sujeto humano que se nos muestra? Comprender y explicar la realidad en que vive lo más profundamente posible, está bien. Dar a conocer en buenas publicaciones los resultados de nuestros estudios, mejor aún. Pero, ¿y nuestro sujeto? Seguirá viviendo una existencia que lo lleve a perderse como grupo cultural —objeto de nuestra ciencia— sin la posibilidad de incorporarse en perspectivas positivas a una sociedad que hasta el momento no ha manifestado su sensibilidad ni responsabilidad ante tal realidad.

Ante esta evidencia, juzgamos que no podemos permitirnos el lujo de proponer una antropología que divague en altas esferas de abstracción, sino una antropología que lo ajuste a los reclamos y experiencias de nuestra realidad, y esto es válido no solamente para el problema indígena, sino también para los otros campos de investigaciones.

No estamos pensando en una antropología aplicada ⁽¹¹⁾ en estos momentos, porque es obvia nuestra carencia; sino más bien en la ventaja de que nuestro conocimiento de la realidad sea intencional, para posibilitar luego la manera de actuar sobre ella. Indicamos la necesidad de conocer a fondo, aunque conocer signifique denunciar ciertas situaciones, aunque conocer nos lleve más allá de los límites clásicos de un

(11) Los artículos de RAYMOND FIRTH, SOL TAX y ELLIOT D. CHAPPLE, en *Readings in Anthropology* editado por A. Hoebel, J. Jennings y E. Smith, McGraw-Hill Book Company, Inc., New York, Toronto, Londres, 1955, pueden guiar al lector interesado en conocer el tema; además de los más especializados publicados en *Human Organization*, Cornell University, Ithaca, New York.

estudio de comunidad y nos comprometa en planteamientos de orden político o social.

¿Las comunidades indígenas forman parte de la sociedad nacional? ¿Será conveniente arbitrar medios para integrarlas a ella? ¿O mejor dejar que elijan ellas mismas el camino? Estos problemas deben considerarse en un mismo plano de importancia que el estudio de los procesos de cambio cultural. Y es más, pensamos que deberán ser la lógica derivación de los mismos.

Se podría argumentar que la mayoría de las veces que se intentó dejar a los indígenas elegir su camino, fracasaron. Pero evitemos la confusión. La política paternalista, con toda la buena intención que ella entrañe, debe ser superada, o los indígenas seguirán ocupando los últimos estratos de nuestra escala nacional, o serán reducidos a zonas marginales sin posibilidades reales de llevar adelante su cultura ni de incorporarse a la nuestra.

Porque lo real es que nuestra cultura golpea sobre ellos constantemente, remodelando sus expectativas y actitudes, en la medida en que puede ofrecer algo que sus patrones tambaleantes ya no pueden dar; pero ese ofrecer está frenado y deformado por múltiples situaciones, en las que los factores del interés económico y el prejuicio juegan un papel importante. No podemos pensar ingenuamente en la posibilidad de que sigan perdurando, sin desniveles injustos como los que se dan, culturas portadoras de una economía de subsistencia, a menudo con fuerte tradición de cazadores y recolectores, frente a una economía monetaria y comercialista por excelencia como la nuestra. La situación de muchos grupos indígenas es pavorosa, y la antropología debe asumir el compromiso de tomar y hacer tomar conciencia de esa realidad.

Por supuesto, no hay panacea para tan compleja situación, pero puede, tal vez, proponerse como postura inicial un debate en torno a la tesis de la integración nacional. Este te-

ma ya fue encarado por una comisión especial del IV Congreso Indigenista Interamericano, reunido en Guatemala, en mayo de 1959; del informe preparado por esa comisión consideramos esclarecedora la cita del siguiente párrafo:

La integración social puede significar la unidad nacional de todos los habitantes de un país, pero no su identidad, ni siquiera su similitud fundamental. Requiere el desarrollo progresivo de ajustes mutuos, pero no la homogeneidad absoluta de toda la población. Acaso debiéramos decir que no es preciso que se eliminen las diferencias culturales que distinguen a un grupo étnico del otro, sino simplemente que las mismas no los separen tan radicalmente; que se desarrollen en mayor grado la comprensión y el entendimiento entre las culturas o entre las personas de diferentes culturas;; que la discriminación social, basada en las diferencias étnicas y de las ideologías nacionales formadas o en proceso de formación, deje de existir en la práctica; y que todos los habitantes de un país, sin diferencias en cuanto a su extracción o procedencia, puedan competir por los servicios y oportunidades que su nación ofrece ahora a sus habitantes y disfrutar equitativamente de los recursos que existen dentro de su territorio nacional, tanto de hecho como de derecho. . .

La integración no requiere que todos los indígenas se transformen en no indígenas. Posiblemente este sea su destino, ya que el proceso americano de aculturación ocurre en una situación de contacto cultural en la cual la cultura dominante es la no indígena. Pero la integración puede lograrse mucho antes que la *desindigenización* se complete e incluso podría lograrse si no se completara nunca. Los conceptos de incorporar o asimilar a los indígenas a una cultura no indígena dominante, llevan implícita la idea de la pérdida de su identidad cultural como requisito previo. La integración en cambio, puede ser previa a la desindigenización total, y producir

a más corto plazo la unidad nacional de los países que necesitan de ella y que todavía no la han logrado ⁽¹²⁾.

No creemos necesario insistir más en el papel comprometido que le tocara jugar al antropólogo frente a una posible política integracionista. Cada uno deberá decidir el alcance de su compromiso; pero no cabe duda de que a las decisiones personales deberá agregarse, imprescindiblemente, la colaboración gubernamental, para concretar los postulados teóricos a que arriben las investigaciones antropológicas.

Con todo, tal como lo indicáramos anteriormente, al referirnos a los problemas del cambio cultural, nuestra intención no es circunscribirnos al área indígena. Precisamente, las investigaciones que hemos realizado hasta el momento, se han focalizado en torno al cambio socio-cultural en zonas rurales y a los procesos de adaptación sufridos por migrantes rurales que se incorporan a la vida urbana.

El estudio realizado en el Valle de Santa María ha señalado campos muy fecundos para la investigación de los procesos del cambio, y podemos adelantar que los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en diversas comunidades del área, confirman los enunciados teóricos referidos a la existencia de un *continuum* que se extiende desde formas de vida marcadamente tradicionales hasta patrones culturales que se van acercando a los que rigen en centros urbanos industrializados de nuestro país.

Las comunidades de Junta de Balastro y de Quilmes, como ejemplo más típico, ofrecen patrones culturales que en muchos casos pueden ser caracterizados como *folk*, características que se van abandonando a medida que nos vamos acercando a los centros urbanos del Valle; en especial la ciudad de Santa María que es la más receptiva a las influencias provenientes de las ciudades de Tucumán y Salta. La migra-

(12) DARCY RIBEIRO y otros, *Un concepto sobre integración*, en *América Indígena*, México, Órgano Trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, 1960, vol. XX, Nº 1.

ción golondrina existente en el área, a pesar de constituir, sin duda, un agente de cambio cultural, no logra en la mayoría de los casos afectar radicalmente las fuerzas conservadoras que se evidencian en los modos de vida aludidos.

Todo lo dicho tipifica una situación que de ninguna manera es exclusiva del área estudiada, sino que se repite en regiones similares del noroeste y ofrece innumerables perspectivas a la investigación, que pueden ser enfocadas desde distintos ángulos, con las ventajas que derivan de sus posibilidades de comparación.

Nuestro estudio también puede ser utilizado para caracterizar las zonas que, como el Valle de Santa María, son potenciales productoras de migrantes hacia centros industriales de la región pampeana, debido fundamentalmente al estancamiento económico y a las reducidas fuentes de trabajo. Sociólogos y planificadores han señalado los problemas creados por la concentración de inmigrantes rurales en las áreas urbanas; pero hasta el momento son pocos los estudios que profundizan las situaciones que motivan estos movimientos de población.

„ Este es otro campo fecundo para la antropología moderna, y no por cierto sólo limitado a nuestro país, con posibilidades de un abordaje exitoso en razón de las técnicas de campo con que se maneja.

En la Argentina, el fenómeno de migración rural-urbana no necesita ser redestacado; día a día crecen las llamadas *villas miserias* surgidas en torno a las grandes ciudades, con la consiguiente despoblación de grandes zonas del interior del país. La situación de esos grupos migratorios, sus motivaciones y expectativas, estudiadas con la profundidad característica de las investigaciones antropológicas aportarán sin dudas un valioso conocimiento de nuestra realidad.

Un pequeño estudio de un grupo migratorio instalado en la Faja Costera del río Paraná a la altura de Pueblo Nuevo, Rosario, realizado en 1958 bajo la dirección del profesor Jorge Goldemberg, puede ilustrar lo que antes dijimos. Esta in-

vestigación —con todas las limitaciones que las características del diseño y la inexperiencia del equipo de investigadores le impusieron— evidenció que existen motivaciones más profundas que las manifestadas en un primer momento por los individuos entrevistados, en lo que se refiere a las razones por las cuales abandonaron sus pueblos de origen y se trasladaron a la ciudad. En efecto, si bien expresaron claramente su deseo de conseguir un trabajo más liviano y mejor remunerado en la ciudad, este interés aparecía arreglado con otras motivaciones que fueron surgiendo en sucesivas conversaciones: educación de los hijos, más comodidades, más diversiones, en una palabra lo que podríamos llamar la *atracción de la ciudad*. Como ya advertimos, las limitaciones de este estudio no permiten utilizarlo como ejemplo significativo, pero en su momento nos demostró la eficacia de utilizar métodos y técnicas antropológicas para el abordaje de estas situaciones (o de estos problemas). Las investigaciones programadas por el equipo que trabaja bajo la dirección del doctor Reina, es seguro que aportaría datos más significativos al respecto, ya que, ante los de los trabajos programados enfocan el problema de la adaptación de inmigrantes rurales en un medio urbano.

Consideramos, sin embargo, que una comprensión cabal del fenómeno de las migraciones internas en nuestro país no será lograda sin estudios profundos de zonas que, como el Valle de Sasta María, parecen condenadas a despoblarse progresivamente y convertirse en productoras de migrantes. Una antropología intencional que tienda a conocer bien a fondo las posibilidades internas que esas zonas económicamente estancadas pueden ofrecer a una política de retención de la migración, podrá sin dudas mostrar un nuevo aspecto del proceso a que hacemos referencia y ayudar así a la comprensión del mismo.

Si bien, como ya dijimos al principio de este trabajo, la situación deficitaria de la antropología es una realidad, la riqueza potencial de los problemas que hemos reseñado ofrece

vastas posibilidades que esperamos lleguen a modificar esa situación. Y es más, confiamos en que la segunda reunión de la Convención Nacional de Antropología profundizará el enfoque de los problemas y reforzará la comunicación tan necesaria entre los especialistas.